

HIPERION

Director y redactor responsable: RENE M. SANTOS

Revista Mensual

81

S U M A R I O

Palabras a Francisco Espínola, por Angel Aller.
Un programa de Literatura, por Roberto Bula Piriz.
- Rodó y la Universidad, de Ildelfonso Pereda Valdés. - A. Spaier y el pensamiento concreto, por Luis E. Gil Salguero.

Redacción y administración:

Teléfono 8-04-59

-

PLAZA INDEPENDENCIA, 717 (Costado Norte)

-

MONTEVIDEO

ESCOLARES

NUESTRO SURTIDO DE ARTICULOS
PARA DIBUJO ES COMPLETO

NUESTROS PRECIOS NO
ADMITEN COMPETENCIA

CONSULTENOS ANTES DE ADQUIRIR SU EQUIPO

ZUBIRI Y CIA. S.A.
COMERCIAL •  INDUSTRIAL
AV. 18 DE JULIO 1223-27 • TELEFONOS • 80109
86767
MONTEVIDEO

FARMACIA VIRTUS

Droguería Surraco Soc. Ltda.

Confie sus recetas

Casa Central: Rincón 740
Suc. 18 - Avda. 18 de Julio 1325
" Agraciada - " Agraciada 4140
" Pocitos - " Brasil 3109



Palabras a Francisco Espínola

Sobre el poema **SONATA** y el libro **RAZA CIEGA**

(Fragmento de una carta)

Quiero decir que «Sonata» y «Raza ciega» son dispares, pero no por el contenido sino por la expresión. Trataré de explicarme.

Los niños, mientras lo son de veras, usan como medio expresivo la línea pura, que delimita un vago espacio lleno de posibilidades infinitas. Entre dos líneas ingenuas, simples, puede caber el universo. Los pintores suelen mostrar en algún esbozo lineal (recuerde Ud. las madres de Rafael cuando eran apenas un diseño) su más honda emoción, aquella que luego desvanecen un poco modelando, organizando los cuerpos en tres dimensiones.



Boceto

de Ráizel



Madonna

de Rafael

Tres dimensiones no siempre conciliables, porque sin caer en el rigor signado por la advocación de Henri Poincaré de que hicieron gala Picasso, Braque, Metzinger, Gleize o Gris, algo hay de cierto en aquel principio según el cual «la troisième dimension se rapporte seulement à la sculpture».

«Raza Ciega» es línea pura, escueta, **prehistórica**, diría Eugenio D. Ors. «Sonata» es también, como Ud. asegura, fuerza primaria, pero está, con mayor cuidado, revestida de formas, de volúmenes. Está —quiero repetir la expresión— organizada, bellamente organizada.

Ud. dirá que en «Raza Ciega» hay también labor constructiva, ordenadora. Nadie lo dude. Toda cosa está sujeta a leyes de ordenación; pero advierta Ud. la diferencia que va del círculo, cuando sólo es ordenación suelta de un punto y una curva, al círculo ya dividido en esos trescientos sesenta grados con los cuales la ciencia le secciona la entraña. La mirada del niño abarca círculos. La mirada del hombre los divide.

Quiero, ahora, imaginar que Ud. me acompaña hasta

la encrucijada del siglo XVIII, siglo en que nace la sonata, en que todo es sonata. Llegamos: Hay por aquí una fronda espesa —y fina— que bien pudiera ser de Watteau. Ud. oculta bajo ella los faralaes del chiripá y el canto de las nazarenas. Yo, menos visible, en cualquier lado me cobijo. Observemos: He aquí a Bach, espiral hacia lo innominado. Haydn, niño que canta penas. Mozart, clara alegría de ser hombre. Beethoven, selva. Ellos captan, cada cual a su modo —acaso Haydn más que otro alguno— el andante, el scherzo, el adagio, la gran explosión del presto, que vagaban dispersos, y labran la sonata. Hay en la sonata un motivo, una voz inspiradora, un rasgo puro, limpio. Lo demás, —sucesión de matices, opulencia sinfónica— sólo es lenguaje, materia para ocupar ese espacio, tan vacío y tan lleno, que la intuición de los niños sabe dejar, certeramente, en blanco. ¿Debe, por ello, considerarse a la sonata juego de afectación, de artificio? No. La sonata puede ser candidez, frescura. O tormento, dolor. Por eso nos encanta Mozart y nos aprieta el corazón Beethoven. Pero es también ordenación, esa firme, lógica, sabia ordenación con que alzaron su torre musical los hombres que vemos desde aquí, desde esta fronda espesa y fina. Fronda de Watteau.

Ahora los pintores. Las masas —su ejemplo— pesan demasiado. Un romántico anhelo trae la exaltación del árbol —más gracil, más ágil, más frágil—, pero no a la manera clásica ni al modo primitivo, (Lorenzetti proyectaba sus árboles sobre el horizonte en un aquietamiento mudo, frío, eterno), porque ahora, en el XVIII, los árboles mueven sobre el lienzo un aire de humanidad acuciadora, en pura identidad con el hombre, en puro acuerdo: «Plus un contemplateur a l'ame sensible, plus il se livre aux extases qu'excite en lui cet accord». Estamos en la orquestación de la naturaleza.

Intrincado es el bosque filosófico, ya lo sé; pero vamos a aventurarnos en él, aún a riesgo de extraviarnos un poco. Leibnitz: Se dice de Leibnitz que, alboreando

el XVIII, agrupó en un fino haz a Platón con Demócrito, a Aristóteles con Descartes, a los escolásticos con los modernos. Todos le sirven, cada cual con lo suyo. Les somete a una línea inspiradora, la mónada, «unidad de fuerza infinita, superior a todo número asignable», y hace su gran canto sinfónico. Así armoniza sistemas, tomando de cada uno el son mejor logrado, para formar esa magnífica sonata que es su filosofía. Amparábase Leibnitz —él lo dijo— en el ejemplo de la armonía instrumental.

Estamos en pleno barroquismo. ¿Es lo barroco solamente una estéril desorbitación de formas sin concierto? No. El rigor formal de los siglos XIV, XV y XVI comienza a acentuar en el barroco esta suprema facultad: el vuelo. Pierde apariencia lógica, gana en valor humano, se acerca al hombre con el imperio incoercible de lo humano. Contradicción: vuelo y caída, pero la forma sigue obedeciendo todavía, en libertad que parece frenética, a una norma, sin la cual no hubiera vivido el barroquismo tantos siglos.

Digamos ahora que la barroca, la romántica sonata es, sin detrimento de la emoción, y aunque en ella apunte la naturalidad, una bella muestra de sabiduría. Esto fué lo que, con escasa fortuna, intenté decir a Ud. en la fugaz conversación que da lugar a estas divagaciones.

Lejos ya de la enerucijada que forma el XVIII, dígame Ud.: ¿Qué música pondríamos a su «Raza Ciega»? Para cantarla tal vez debiéramos acudir a los sonos que en el lejano siglo IX se llamaron diafonía, aquellos que marcaban un vuelo de trazos simples, puros, indómitos. Ya entonces andaba la fe románica —lejana anticipación del barroquismo, según mi saber menesteroso—, rompiendo las gemas bizantinas. Fe dura, entera, como los hombres de su «Raza Ciega».

Pero olvide Ud. todo lo dicho. No quiero establecer jerarquías en su obra, sino, apenas, insinuar diferencias de expresión.

Dice el Eclesiastés: «Los ríos todos van a dar a la

mar y la mar no se hincha. Al lugar donde los ríos nacieron allí tomarán para correr de nuevo». Sea ese lugar la emoción. De ahí viene toda la obra de Ud., prosa o verso. No importa la manera, mero accidente, valor circunstancial. Importa, en cambio, que el hontanar donde nace su río sea (y es) claro, limpio, con la luz siempre mirándose en el fondo.

Su devoto amigo,

Aller.